

II

FIGURAS DE SEGUNDO TERMINO

Tenía yo siete u ocho años cuando hizo mi padre un viaje a la capital de la república, no recuerdo ya con qué objeto. En el interín de esa ausencia, Malvina, mi hermana, y yo solíamos escribirle largas cartas con nuestros garrapatos de entonces; y en aquellas misivas, que procurábamos fuesen la expresión vehemente de filial cariño, cuanto esto era compatible con nuestra experiencia en toda suerte de asuntos, nos contraíamos principalmente a hacerle una multitud de encargos relativos a juguetes y frutas, los cuales cumplió nuestro buen padre con religiosa exactitud. Nunca olvidaré el indecible júbilo con que recibí una hermosa castruera o dulzaina con guardas de latón dorado. . . Pero lo que produjo en mí mayor satisfacción fue el regalo de un lindo libro, *El Buffon de los niños*, en edición lujosamente encuadernada y enriquecida con bellos grabados. Vaga aún en el ambiente de mi memoria el suave aroma de las manzanas maduras que acompañaban a esos objetos en los baúles del equipaje de mi padre. . .

Para Malvina trajo otro libro muy interesante como lectura infantil: *El Almacén de los niños*; y a los demás chicos los colmó de alegría con el obsequio de diversas baratijas, entre otras, peonzas, boliches y servicios completos de loza para el comedor de las muñecas de Julia. Esta vivaracha chicuela, que había encargado por conducto de mi madre un candelero con vela encendida, también para uso de las muñecas,

recibió igualmente una linda ánfora o jarra liliputiense, de loza de Natá. Interrogada la niña por un amigo de la casa acerca del destino que daría a aquella monísima vasija, respondióle al punto con la donosura y prontitud ocurrente que le eran características:

—¡Esta es para tomar aguardiente, amigo!

Julia acababa de cumplir tres años.

Trajo mi padre de Bogotá cinco muchachos, huérfanos o expósitos, de la última clase del pueblo de la capital, con el objeto de redimir de la triste esclavitud de la miseria a aquellos desgraciados y hacer de ellos buenos servidores de la hacienda, y más tarde hombres útiles para la sociedad. Llamábanse José, León, Agustín, Benedicto (a quien se le decía Benedo, para abreviar) y José chiquito, designado así para distinguirlo del otro José, que se denominaba también José Herrera o José grande. Véase, pues, que este adjetivo pomposo no está reservado exclusivamente para los soberanos y los conquistadores de fama.

José grande, León y Agustín eran mestizos de blanco e india, de muy diferente aspecto entre sí, no obstante las afinidades de raza, y, asimismo, de diverso temperamento moral. José grande era un chico poco dado a las bromas, o sea, lo que llaman los psicólogos, un carácter serio; de mediana inteligencia, robusto y bien dispuesto para el trabajo, aunque un sí es no es rebelde a la disciplina reglamentaria que mi padre tenía establecida para sus servidores. Poco comunicativo y adusto de fisonomía y modo de ser, ejercía cierta autoridad sobre sus compañeros, la cual obedecían éstos de una manera tácita, sin murmurar, y como cosa natural, efectuándose en ello algo semejante al cumplimiento de una ley atávica: la sumisión de la tribu a la voluntad del cacique, origen del gobierno en los pueblos salvajes. León y Agustín eran altos para su edad, cenceños, de espíritu alegre y expansivo, cariñosos con los niños, respetuosos con los señores y leales y buenos criados, particularmente el primero. Benedo, indio de raza pura, muisca sin mezcla, de co-

lor cetrino y cabellos ásperos, con ojillos de víbora y una sonrisa sarcástica, que no desamparaba sus delgados labios y hacía más notable una cicatriz como de navajazo que tenía en la mejilla izquierda, era la personificación de la astucia y de la picardía infantiles. Dado a las bromas, juguetón, bullicioso e inquieto, y adicto a toda una suerte de hábitos irregulares, constituía el Judas de la cuadrilla, y resumía en sí todos los defectos de la hez del populacho bogotano.

Desde luego no se les conoció colectivamente en la hacienda sino con el denominativo de chinos, el cual se da, por lo común, en la capital de la república, a los muchachos del pueblo que vagan anónimos por calles y plazas, merodeando en las fondas y husmeando en las tiendas de comestibles; criaturas errantes que *pasan* por los talleres, se *asoman* a las casas particulares, de las cuales se retiran llevándose *por equivocación* algo que no les pertenece; y se *pescan* en los atrios de los templos, en los vestíbulos de los teatros, en los alrededores de los tejares, por *los lados* de Las Cruces o en las alturas de San Diego, a inmediaciones de los cuarteles o en la plaza del mercado. Entiendo que de ese *gremio* original y típico surgieron después, a medida que las necesidades de la cultura social crearon nuevas industrias y oficios nuevos, los voceadores de periódicos y los lustradores de calzado...

El mayor de los chinos traídos por mi padre, José grande, contaría quince años; el menor, José chiquito, personificación cumplida de la incuria, del desaseo y de la pereza, con aditamento de una hambre *atrásada* que no satisfacía nunca y una sarna tenaz en la piel cabelluda que sólo la infatigable caridad de mi buena madre consiguió destruir al cabo de mucho tiempo, tendría siete años.

—¡Tántico pan, mis amitos! Decía José chiquito con voz lacrimosa y anheloso ademán el día que llegó a nuestra casa, habituado ya a esa eterna frase, grito de su profunda miseria desde que aprendió a hablar y se lanzó solo en la lucha terrible por la vida, a las calles y plazas de la populosa capital...

Cuánto frío, cuánta hambre, cuán absoluto desamparo habría padecido aquel desventurado niño desde el día en que, abandonado quizás por una madre sin entrañas, había vagado al azar, medio desnudo, sin que nadie detuviese un instante las miradas en la infinita miseria de su ser!... Entonces no existían en Bogotá los establecimientos benéficos que, para honra de la humanidad, se han fundado después con la noble mira de aliviar y proteger a los niños desvalidos; y nada puede dar idea de lo que esas míseras criaturas padecerían bajo los rigores de un clima frígido, cubiertos de harapos y mal alimentados.

Detalle curioso: José chiquito afirmaba que su apellido era Rodríguez. ¿Cómo pudo llegar a saber ese hijo de las calles el nombre de su padre?...

Por de contado, aquellos rapazuelos, particularmente el insigne Benedo, nacidos y criados en la vía pública, a merced de todas las malas influencias del medio ambiente en que existían, libres como la luz y sin más amparo que el de Dios y sus agentes sobre la tierra, las buenas almas, eran repertorios vivos de incidentes curiosísimos y no siempre edificantes, de la vida de absoluta miseria y salvaje independencia en que por aquellos tiempos vegetaba la infancia desvalida de la capital. Mil hechos y casos, los más heterogéneos entre vistas de ejército, fusilamiento de criminales, procesiones de Corpus y Semana Santa; ecos de ópera, recogidos desde la calle, en la puerta del teatro; aires de retreta; entierros de señoras y de generales; elecciones; fiestas de plaza, y mil cosas más. Dado a la admiración de todo aquello que se presentaba a mi mente con los caracteres de lo sorprendente y de lo maravilloso, como que mi espíritu de niño quimérico era un verdadero kaleidoscopio, en el cual se sucedían incesantes los mirajes más complicados y seductores, me quedaba alelado oyendo las fantásticas relaciones de los chinos cuando en las hermosas noches de luna, sentados sobre la yerba que tapizaba el patio, nos congregábamos la gente menuda de la casa para jugar, *contar cuentos* y departir sabrosamente.

Como acababa de pasar la revolución de 1854, eran los recuerdos de los incidentes más notables de la toma de Bogotá por el general Mosquera, el 4 de diciembre de aquel año, lo que constituía la flor de las impresiones de los chinos, testigos oculares, si bien lejanos, de aquella jornada memorable. Cuando de ese grande acontecimiento se trataba en nuestras infantiles conversaciones, Benedo, olvidado del incondicional respeto que José grande inspiraba a todos ellos, lo interrumpía sin reparo y asumía las solemnes funciones de narrador. Entonces, arrebatado por el calor del épico relato, imitaba el sonido de las cornetas, simulaba con los labios, ayudado de pies, manos y dientes, los cañonazos, los disparos de la fusilería, el redoble de los tambores, los ecos armoniosos de la música, el zumbido de las balas, los ayes de los heridos, el estertor de los agonizantes, las maldiciones de los vencidos y los clamores victoriosos de los vencedores: en fin, el cuadro completo de la batalla! Eran de verse las muecas y contorsiones que el diabólico muchacho ejecutaba con los labios, las narices, los ojos y hasta con las orejas; y aquella cicatriz de navajazo que tenía en la mejilla izquierda como que se profundizaba más y más a medida que la narración animada del combate iba acentuando con creciente vivacidad y energía las diversas pericias de que he hablado. ¡Yo estaba en la gloria!... ¡Tácito, el más ilustre de los historiadores latinos, no consiguió interesar en tan alto grado mi inteligencia de hombre, como logró impresionar mi mente de niño aquel ignorante muchacho con sus hipérbolicos relatos, en esa edad tierna, tanto más feliz cuanto más inocente!

Aquellos pobres niños tuvieron fines muy distintos unos de otros. José grande, mal inspirado por su carácter altanero y voluntarioso, huyó de nuestra casa año y medio o dos años después de haber venido a ella. Supimos al principio que se había comprometido como sirviente en una hacienda de las inmediaciones de la ciudad de Palmira; pero mi padre, desobligado por la ingratitud del chino, a quien siempre trató

con especial deferencia, no quiso reclamarlo. En seguida lo perdimos de vista y nunca volvimos a saber nada de él.

León, que era, sin duda, el mejor y el más noble de los chinos, nos acompañó muchos años y fue siempre un servidor honrado, jovial, afectuoso y muy adicto a los intereses de la casa. Amaba a mi madre con la ternura de un buen hijo, y profesaba a mi padre profundo respeto, aliado a una lealtad sin sombras. Por mi parte, yo lo prefería entre sus compañeros para asociarlo a mis excursiones selváticas y a mis entretenimientos infantiles, porque ninguno sabía ingeniarse como él para descubrir nidos de pajarillos en las ramas más altas de los guayabos y de los chiminangos y construir *ranchitos* en la espesura del bosque vecino. La revolución de 1860 lo encontró casi formado ya; y habiendo sido reclutado y después enrolado en las tropas del general Mosquera, como sucedió con la mayor parte de los peones y criados de la hacienda, hizo la campaña del Cauca y las de Antioquia y el Tolima, y fue a morir de un balazo en la plaza de San Diego, en Bogotá, su ciudad nativa, durante el combate del 18 de julio de 1861, que dio como resultado la toma de la capital por las huestes revolucionarias. ¡Quién hubiera dicho a León, cuando se alejó de la ciudad en donde vio la luz primera, que no habrían de volver a contemplarla sus ojos sino al tiempo de exhalar el último suspiro! . . .

A la sazón me encontraba en la capital como estudiante externo del colegio de los Padres Jesuítas. En tan tremendo día no concurrimos a las clases; y a la caída de la tarde, después de terminada la batalla, vagaba en compañía de otros condiscípulos por los sitios en donde esa mañana se habían batido furiosamente y ahora se mostraban revestidos por ese aspecto terrible que adquieren los lugares que han servido de teatro a un combate reciente. Asustado y conmovido discurría entre la multitud de curiosos que haciendó los más variados comentarios, cruzaban el campo y contemplaban con asombro los cadáveres que yacían

por doquiera, cuando de improviso me encontré con Manuel Santos, honrado mulato, excelente peón de la hacienda de mi padre, quien había ido a Bogotá como soldado del general Mosquera y recorría aquellos parajes asociado a quince o veinte camaradas de su batallón, para recoger los cuerpos de los muertos en grandes parihuelas que llevaban consigo, y conducirlos a un lugar determinado, donde, reunidos en montones de siniestro aspecto, eran quemados inmediatamente. Después de las efusivas manifestaciones recíprocas, propias de las circunstancias, Manuel Santos me dijo:

—¡Venga conmigo, niño, y verá una cosa muy triste, que acaso no sospecha usted. . . Venga!

Y al decir esto me condujo detrás de un cerrilló que se levantaba a corta distancia de la iglesia de San Diego, cerca de la capilla de la Virgen del Campo. . . ¡Jamás olvidaré el doloroso espectáculo que se presentó a mi vista! . . . León, nuestro querido León, el chino favorito de la casa, amable compañerito de mis juegos infantiles, yerto y rígido, atravesada la cabeza por un balazo que había dejado allí un agujero negro y profundo, del cual manaba una sustancia amarillenta; con los brazos en cruz, abultado el vientre, medio desnudo, perdida la muerta mirada en el espacio azul, yacía sobre la ensangrentada yerba. . . ¡Pobre León! ¡Quién me hubiera dicho, cuando poco tiempo antes me separé del querido hogar paterno, que no habría de volver a verlo sino así, destrozado por la violenta mano de la muerte! . . .

Entre Manuel Santos y sus compañeros lo condujeron al lúgubre montón, y algunas horas después no quedaban del desventurado muchacho sino unos cuantos huesos, medio calcinados por el fuego.

Agustín nos acompañó también algunos años. Con el tiempo se separó de nuestro lado, no recuerdo por qué causa, aunque sí me atrevo a afirmar que ella no sería desdolorosa para el muchacho; vivió en diferentes haciendas, siempre bien remunerado, porque resultó vaquero habilísimo; y al fin murió de fiebre perniciosa en el caserío de *Los-Chancos*.

Benedo, no obstante su genial viveza, mejor pudiera decir, su característica inclinación a picardihuelas y cosas *non sanctas*, vivió igualmente al lado nuestro mucho tiempo. Mostróse siempre sarcástico, malicioso y egoísta, porque naturalmente era así, y sólo los santos consiguen triunfar de la índole que recibieron con la vida. Por último, él también se separó de la casa, y en seguida fuimos informados de que residía en el pueblo de San Pedro. Después nada volvimos a saber de ese original muchacho, que acaso exista todavía, y quien, a no haber salido nunca de Bogotá, habría llegado a ser una exacta reproducción de *el niño Agapito*, inolvidable tipo del chino bogotano maravillosamente fotografiado por el nunca bien sentido Ricardo Silva.

José chiquito, encargado del importante ramo de las aves domésticas, especie de caricatura de mayor-domo de corral, a quien mi madre había confiado la vigilancia del gallinero y sus anexidades, vivió en casa en tanto que el hambre insaciable de que padecía a todas horas, la sarna y otras dolencias íntimas, a las cuales no eran extraños los dedos de los pies, le dificultaron las escapadas, cosa a que era muy inclinado por naturaleza, como todos sus congéneres, pues es bien sabido, no existe chino bogotano en servicio activo que no se haya *juído* por lo menos cuatro veces durante su condición de tal; pero, tan pronto como creció un tantillo y se vio menos enclenque y libre de aquella *maldición cabelluda* que proclamaba a gritos su mala sangre y, después de haber resistido a todos los agentes químicos y farmacéuticos, sólo vino a ceder ante la diligencia incansable de mi madre, desapareció de la casa en una bella mañana, y no se supo nada de él en algún tiempo.

Mi buena madre, que había cobrado ley al chino, por lo mismo que lo veía tan estúpido y tan desgraciado, entró en mil afares y puso en campaña a todos los servidores de la hacienda y a personas de fuera de ella, a fin de que descubriesen su paradero; pero al principio toda investigación en ese sentido resultó infructuosa. Quince días después, el tío Lemos, persona

de quien tendré que hablar detenidamente en la prosecución de estos *Recuerdos*, encontró el cadáver de José chiquito medio devorado ya por las gallinazas, en el centro de un espeso bosque, distante legua y media de la casa, hacia las umbrías de la cordillera central. Se presume que el muchacho, poco conocedor de los alrededores de "La-Isla", supuesto que no había vuelto a salir de allí desde que vino de Bogotá, medio idiota como era, se extravió en la selva, no pudo volver a dar con ninguna de las angostas sendas practicadas en ella por los leñadores, y murió de inanición. ¡Terrible cosa!... Por algún tiempo ocultaron a mi madre la lúgubre noticia, pero al fin hubo que revelarle la verdad, y entonces derramó muchas lágrimas, sumamente impresionada y conmovida por aquella desgracia, de la cual no fue responsable.

*

* *

Enfrente de las habitaciones, hacia el norte, se encontraba el potrero destinado al ganado de cría. En el centro de esa limpia y vastísima pradera, de una regularidad de parque inglés, se levantaba un tupido guadual, que cubría con su denso y fino follaje de un verde muy tierno, dos o tres hectáreas de terreno; y a la izquierda de esa espléndida decoración vegetal, que en una pintura habría parecido inventado adrede para el efecto artístico, se veía otra arboleda de distinta especie, formada por vigorosos guayabos, sereno asilo de todos los azulejos y pericos de la comarca, y cuyo colorido, de un verde bronceado, comunicaba al paisaje cierta semejanza con los aspectos característicos de las islas oceánicas. Un gramal, verde en toda estación como un campo de arroz, a causa de la humedad constante de la tierra, formaba magnífico tapiz sobre aquella pintoresca dehesa, donde pacían ordinariamente ochenta o cien vacas robustas, escogidas en los hatos más afamados de la provincia. Era tan manso por lo general aquel ganado que, cuando íbamos de paseo

por esos lados, llamábamos a las vacas por los nombres más o menos apropiados o caprichosos con que los vaqueros y ordeñadores las designaban: ¡*Pintada!* ¡*Hosquita!* ¡*Verrugosa!*... ¡Toma!... ¡Toma!... y al punto venían hacia nosotros como dóciles corderos; se acercaban, conteniendo la ruidosa respiración; fijaban en nosotros sus grandes ojos de pupilas de ébano húmedo sobre córnea opalina, estúpidos a fuerza de ser dulces en la expresión; y nos lamían las manos, alejándose en seguida con sonoros resoplidos, o acompañándonos en la marcha algún tiempo con su andar lento y mesurado. Sin embargo, así como en las agrupaciones humanas mejor constituidas suelen encontrarse caracteres esquivos o índoles refractarias a toda insinuación expansiva y benévola, que tarde o temprano demuestran lo que en realidad son, así entre aquellos rebaños mansos y accesibles solían encontrarse algunas reses absolutamente *intratables*, las cuales, o permanecían alejadas, como desdeñosas de nuestros agasajos o, irritadas por el color rojo de los chales de mis hermanitas, amagaban embestirnos, y nos hacían huir desbandados, dando gritos terribles que, al ser oídos desde las habitaciones por nuestra buena madre, la hacían entrar en desazón y la obligaban a enviar en auxilio nuestro a aquellos de los servidores que estuviesen al alcance de su voz.

En los llanos superiores que forman la base de la gran cordillera central, pastaba el ganado horro, o sea, las vacas que habían malogrado la cría, a las cuales, así como a un número considerable de novillas, acompañaban tres o cuatro toros corpulentos, de raza patiana uno de ellos. Desde una gran distancia alcanzábamos a oír los sordos y prolongados bramidos de aquellos animales enormes; y cuando paseábamos por esos contornos, nos deteníamos atemorizados, pues la voz ronca y hondamente sonora de aquellos sultanes de la llanura llevaba a nuestra mente la idea confusa de fieras escondidas en los antros enmarañados del bosque, o de cosas más terribles aún, que no acertaba a definir nuestra infantil comprensión.

El corral, sitio cerrado en donde todas las mañanas se ordeñaba un número considerable de vacas, ocupaba un espacio regular, al sureste de la casa, a la sombra de un higuerón muy elevado y ramoso, asilo de incontables parejas de garzas y *cochies*. Bajo ese árbol añoso pasaba yo largas horas, sentado en sus gruesas y salientes raíces, sin cansarme de admirar la corpulencia de su rugoso tronco y lo encumbrado y tupido de su lustroso follaje, interpolado a trechos por variadas parásitas de cerúleas y fragantes flores. A corta distancia discurría el riachuelo Guabitas, sobre un plano inferior del terreno, entre márgenes cubiertas por guijas de diversos colores y arbustos de mediana talla.

Desde las cuatro y media de la mañana empezaban el trajín y la faena de los ordeñadores; y cuando las lumbres de oro y rosa de la aurora sucedían a los pálidos destellos de la luna menguante, y teñían con delicados toques de una luz violácea las empinadas cimas de las cordilleras, ya las vacas y los terneros habían entonado el rudo coro de discordantes bramidos y balidos que no terminaría antes de cuatro horas, por lo menos.

En las inmediaciones del corral se cruzaban frases como las siguientes, cuando aún no había amanecido del todo:

—No encuentro mis manecas: ¿dónde diablos me las habrán puesto? . . .

—¡Ajá! Pues si vos no lo *sabés*, respondía otra voz, no sé quién te lo podrá decir, porque no *tenés* aquí pajes que te estén cuidando tus cosas.

—¡Adiós demonios! Ya me quebraron mi *socobe* (1) ordeñador. ¡Hoy sí!

—¡Madrecita mía y Señora! Exclamaba una de las muchachas ordeñadoras, abrigándose a medias con un pañoloncito deshilachado y recogiendo de prisa los enseres del oficio: ¡no permitás que hoy vaya a estar

(1) Vasija hecha con el fruto de una curcubitácea, semejante a la calabaza, que se produce en los rastrojos.

hecha una condenada, como ayer, esa barcina del *demontres!*

—¡Upa! ¡Upa!, decía el mayordomo con voz imperiosa, presentándose de improviso por aquellos sitios, con una soga enrollada en la mano. ¡Apuren, que nos coge el día! ¡No charlen tanto!

Las cercas que formaban el corral estaban construídas con guaduas gruesas y eran altas y muy sólidas; dos *puertas* de las llamadas de *trancas*, daban acceso al cercado. Generalmente esas puertas consisten en dos escalones de madera fuerte, plantados a distancia de tres a cuatro metros el uno del otro, sobre cuyos travesaños, muy resistentes, se deslizan, no sin dificultad, en razón de su peso, ocho o diez guaduas fornidas, muy largas. Se necesitan las fuerzas de un jayán cuando se ha de dejar libre el espacio que obstruyen esas guaduas enormes, para que entren o salgan los transeúntes y los animales; y si como sucede por lo común en la estación lluviosa, se forma allí un hondo fangal, cada día más profundizado por el obligado paso de las caballerías y ganados, entonces la empresa de abrir tales puertas toma proporciones de un verdadero acto épico.

En uno de los ángulos o esquinas del corral había una gran horqueta, la cual sostenía un cántaro de barro quemado, de considerable capacidad y con la boca cubierta por un paño de lienzo burdo, que servía de colador. En ese cántaro se depositaba la leche, a medida que eran ordeñadas las vacas, para llevarla de allí a la canoa de la quesería.

A la verdad, es uno de los cuadros más propios para regocijar el ánimo de los amantes de la vida campestre el que ofrece el corral de una hacienda del Valle del Cauca, en los momentos destinados a la curiosa operación de ordeñar, detalle interesante de una industria simpática, que da vida y prosperidad relativas a este pueblo esencialmente ganadero. Aquí, una hermosa vaca de piel blanca, negra o *pintada*, robusta y provista de cuantiosa ubre, se deja sujetar sin resistencia por la vigorosa mano de lozana campesina, quien al punto procede a extraer la leche que, en albos y calientes

chorros, cae humeante y espumosa en el fondo de limpio *socobe*, mientras que el ternero, con el hociquillo atado, e inquieto y retozón, forcejea y se debate, protestando contra aquella tiranía insoportable que, a su modo de ver, acabará por hacerlo morir de hambre; allá, dos mocetones fornidos, negro el uno, mestizo el otro, apenas si a fuerza de lidia consiguen dar en tierra con una res bravía que, recién parida, se resiste a dejarse ordeñar y, por ende, a verse privada del alimento de su hijuelo aterido y flacucho, el cual, con el pelaje erizado y húmedo en partes, bala tristemente a su lado; en otro sitio, y confundidas con algunas mujeres de edad, verdaderos vestiglos, curtidas por la intemperie, encorvadas por el peso de los años y medio abrigadas apenas con rebozos desgarrados y sombreros inverosímiles, cinco o seis muchachas de diversas razas, blanca y gorda como sabanera, una; morenas, de ojos pardos y aterciopelados, como buenas mestizas, otras; esbeltas mulatas y negras de porte airogante, las más; recogida la falda de *pancho* hacia la cintura en grueso rodete que hace valer las airosas caderas, y desnudas las rollizas pantorrillas, todas en cuclillas, ordeñan tranquilamente las vacas más mansas, sin mayores contratiempos, y refiriéndose las unas a las otras sus amorcejos y percances de las humildes hijas de los campos que ignoran los disimulos y fingimientos de la civilización, y celebrando con ruidosas carcajadas, que dejan en descubierto dientes tan blancos como las gotas de leche que se escurren por entre sus dedos, los incidentes más o menos agudos de su rústica pero original y animada conversación. Acullá, otros ordeñadores, que han dado con vacas menos tolerantes, son acogidos por ellas con embestidas o coces, que reciben los agredidos con las expresiones y juramentos más acentuados del vocabulario de los vaqueros... Las reses braman en tono bajo y profundo, o rumian pausadamente; los becerrillos exhalan trémulos balidos; y el leve y apacible rumor de los diálogos íntimos de las muchachas, desconcertado a las veces por las voces regañonas

y cascadas de las viejas y por los fuertes resoplidos de las vacas; las nubecillas de humo que se elevan de los cigarros que fuman algunos ordeñadores mientras reposan; el cielo sereno y azul de las encantadoras mañanas de verano; las frescas brisas y perfumadas auras de los bosques vecinos, embriagadoras en aquellas primeras horas del día; los trinos y gorjeos de los traviesos *cucaracheros*, esos tenores alados de las selvas caucanas, que dicen cosas tan festivas en sus cantos de retozona melodía; el lejano ladrar de los perros y el olor especial que se levanta de la tierra y del ganado, insulso, si se quiere, pero saludable; todo esto, mezclado y refundido en una impresión compleja y difícil de fijar por medio de la palabra, forma un conjunto grato, que habla a la mente de paz y tranquilidad, y sumerge el ánimo en la deliciosa contemplación de los encantos de la vida pastoril. . .

Agustín, el chino que participaba con León de las preferencias y agasajos de todas las personas de la familia, había cobrado fama en la hacienda de ser uno de los ordeñadores más diestros. Mi padre hacía grandes elogios de la habilidad del muchacho para lidiar el ganado, por lo cual tenía fundadas en él las mejores esperanzas, y frecuentemente decía que el ágil bogotanita llegaría a ser con el tiempo el vaquero más aventajado de la comarca. Los repetidos elogios de mi padre y del mayordomo exaltaron en gran manera el amor propio de Agustín, de tal modo, que no había vaca brava ni becerro cimarrón a los que no se atreviese. Veíase en el corral por esa época una vaca arisca, de piel roja, alta, membruda y con unos cuernos enormes y agudos, la que era conocida con el nombre de la *Candela*, por alusión al color encendido del pelaje. Una mañana la *Candela* amaneció con el diablo dentro del cuerpo, y se resistió más que de costumbre para dejarse ordeñar. Irritado Agustín ante aquella tenacidad que ya le cargaba, se acercó a ella y le dio una tremenda bofetada que la hizo bramar de dolor y de ira. Enfurecida la res dirigió una mirada truculenta al chino; y sin decir ¡allá voy! ni darle tiempo para

huir, se lanzó sobre él con la enorme cabeza inclinada, lo derribó de una topetada en el terronal, revolcólo allí y arremetió de nuevo con tal violencia, que cuando los demás ordeñadores acudieron veloces a defenderlo y lo levantaron, hecho una miseria de polvo, estaba sin sentido y lo inundaba un arroyo de sangre que brotaba de honda herida dejada en la mejilla derecha por uno de los cuernos de la iracunda vaca.

¡Pobre Agustín! Decir cuánto deploramos su desgracia sería cosa de nunca acabar. Mi madre lo hizo trasladar inmediatamente a un cuarto vecino de nuestro dormitorio, y allí lo cuidó con el mismo interés afectuoso que si se hubiera tratado de uno de nosotros. Por lo demás, durante el resto de su corta vida, Agustín llevó en la mejilla derecha la redonda cicatriz de la cruenta cornada.

*
* *

Como los chinos, Santiago también era bogotano. Joven de familia decente, a quien el padre, viejecillo zapatero, muy honrado y venerable pero sumido en una miseria negra, había confiado al mío; Santiago, digo, vino a nuestra casa, traído por mi padre de Bogotá, por allá en los años de 1849 a 1850. Huérfano de madre, probo por naturaleza y sano de espíritu, pero tímido, encogido y poco comunicativo, se había formado al lado nuestro, y casi era considerado entre nosotros como miembro de familia.

La existencia de ese pobre joven revistió diversas fases, completamente opuestas entre sí. Era una especie de mayordomo de segundo orden, en quien mi padre depositara mucha confianza, de la cual era bien digno, por cierto, el honrado Santiago. Cuando tuvo veinticinco años, él, en quien el despertar de las pasiones se había mostrado tardío, se enamoró perdidamente de una preciosa *ñapanguita* de Guadalajara, y aun pensó en casarse con ella, a lo cual es probable que no se hubiera opuesto mi padre; pero hé ahí que de impro-

UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
Facultad de Ciencias

viso, de la noche a la mañana como suele decirse, la cosa cambió de una manera total, y el amartelado mozo, olvidado de novia, bailes, serenatas y cenas, se convirtió en el hombre más devoto y rezadero; de tan extremado modo, que ya no pensó en otra cosa que en santos y novenarios. El cuartito que le servía de habitación en la hacienda se convirtió en oratorio, donde no hubo santo ni santa que no tuviera un nicho particular, desde el taumaturgo San Antonio de Padua, que se veía en diversos ejemplares, de bulto, al óleo, en papel y en yeso, hasta San Pascual Bailón y Santa Rita de Casia, vencedora de imposibles, representados también en las más variadas formas. Confesaba sus culpas cada ocho días en los viajes semanales que hacía a la ciudad; y ya no habló sino de relaciones con sacerdotes, beatas y sacristanes, y de las congregaciones y hermandades diversas en que se había afiliado y de cuyos directores y presidentes había recibido muchos escapularios y medallas, que son como las insignias de los numerosos batallones de devotos con que cuenta la corte celestial. Si a imitación del virrey Solís, guardadas las debidas proporciones, Santiago no se hizo fraile, fue porque en esos lejanos tiempos, no sé si más o menos dichosos que los nuestros, a ese respecto, no existía en Guadalajara un solo convento.

En casa estábamos pasmados grandes y chicos ante aquella transformación tan rápida como inesperada, pues son raras las ocasiones en que se ve a un hombre joven cambiar la risueña perspectiva de una boda anhelada con ardor, por los cilicios, el ayuno y las privaciones de la vida cenobítica; pero aquello pasó así, y nadie improbó semejante conducta, porque nuestros padres daban el ejemplo de tolerancia bien entendida en materia de asuntos de conciencia. Por lo demás, nunca pudimos descubrir los verdaderos motivos que impulsaron a Santiago a proceder de esa manera; pero sí juzgo que ellos debieron de ser graves, porque ese joven era naturalmente frío y de imaginación poco accesible a las influencias de la pasión y del sentimiento.

Con el transcurso del tiempo fue a Santiago y a

Gabriel a quienes mi padre confió el encargo de transportar, por turno, al puerto de Buenaventura, los productos de un establecimiento de destilación que fundó en la hacienda. Santiago conoció entonces por esos lados a una mujer insinuante y buena moza, cuyos atractivos modificaron algún tanto el exceso de fervor religioso, y con quien acabó por contraer matrimonio. Establecido ya por aquellos lugares fue protagonista en una aventura terrible, ocurrida muchos años después. Paso a referirla.

*
* *

Hacia poco tiempo que había sido entregada al servicio del público la vía nueva del camino de Cali a Buenaventura, en la sección comprendida del "Boquerón del Dagua" a Juntas, pueblecillo situado en el fondo de un vallejuelo selvoso y húmedo, sobre una especie de *península* o lengua de tierra, angosta y plana, que dejan entre sí, al unirse, el río últimamente nombrado y el rumoroso *Pepita*, de aguas casi verdes a fuerza de ser límpidas. Aquel trayecto, no obstante la estructura abrupta del territorio que atraviesa, es considerado, con razón, como el mejor camino de herradura con que cuenta la república, y honra mucho al contratista que lo dirigió, el inteligente y laborioso antioqueño D. Juan Jacobo Restrepo, quien, sin conocimientos profesionales en ingeniería, y guiado tan sólo por un excelente sentido práctico y una energía de titán de que ya había dado valiosas muestras en las montañas de su país natal, como empresario de minas, ejecutó una de las obras más persistentes y atrevidas que pueden encontrarse en nuestras cordilleras. Imagine el lector una serranía rocallosa, casi perpendicular, de algunas leguas de longitud y altura variable, sobre la cual se ha trazado, cortándola a pico, una senda angosta, de piso firme, suspendida sobre profundo abismo, en cuyo fondo se precipita, despeñado entre enormes pedrejones y empinadas rocas, el

tumultuoso y amarillento Dagua, de renombre geográfico. Palmo a palmo fue volada la roca por la pólvora; y en donde este explosivo no se consideró suficientemente poderoso para destruir los obstáculos acumulados por la naturaleza, como para hacer inexpugnables aquellos farallones endurecidos por el sol de los siglos, fue el brazo de peones heroicos, suspendidos con *rejos* a garfios de hierros enclavados en la roca y apercebidos con bien templada herramienta, lo que logró vencer en aquella lucha terrible, efectuada entre un pigmeo, el hombre, y esa fuerza imponderable que se llama la naturaleza bravía. Gran número de vidas costó tan importante obra, porque a menudo sucedía que una mina estallaba intempestivamente y destrozaba a cuantos trabajadores se encontraban, por desgracia, al alcance de sus estragos; y también ocurría que un hombre, colgado sobre el abismo, sentía de repente que el rejo que lo sostenía, rozado por el frote continuo contra la áspera peña, se reventaba, y el infeliz era precipitado desde aquella enorme altura e iba a estrellarse en la profundidad, sobre las grandes piedras que colman el atormentado lecho del Dagua. Muy considerable fue asimismo, la suma de dinero que se invirtió en la construcción de esa vía; pero ella quedó terminada, y hoy son incalculables los servicios que presta al país; servicios tanto más valiosos cuanto el pensamiento de unir el Valle del Cauca con el océano Pacífico, por medio de un camino de hierro, tenderá cada día más y más a convertirse en un mito si, por medio de un acto patriótico, no se confía a colombianos competentes y honrados la dirección de ese asunto.

De trecho en trecho los ángulos principales de la ramificación forman codos salientes en la vía, y ésta tuerce a la derecha o a la izquierda, para descender con mucha suavidad, tanto, que el viajero apenas advierte que baja; y algunas de esas prominencias de la roca constituyen caprichosos hacinamientos que simulan, ya un torreón desmantelado, ya un derruido fragmento de muralla, ya un templo en ruinas. Varios de ellos han recibido denominaciones especiales, concor-

dantes con su apariencia, como, por ejemplo, *La-Iglesia*, gran peñasco rojizo que, visto desde lejos, parece residuo de fachada de catedral carcomido por el tiempo. Allí la senda se estrecha mucho; y si se vuelve la cabeza a un lado, casi se tropieza con la formidable pared de piedra, de la cual se desprenden a la más leve vibración del aire, grandes trozos de aluvión; si se dirigen las miradas hacia arriba, sólo se ve la faja de cielo, gris y nebuloso casi siempre, que dejan entre sí las paralelas serranías; y si se invierte el rostro hacia la derecha, únicamente se distingue, inclinándose un poco, el insondable precipicio en cuyo asiento ruge el Dagua. Con alguna frecuencia se derrumban en ese y otros parajes igualmente peligrosos, mulas cargadas, de las cuales no se alcanza a ver después en lo hondo de la sima sino un confuso montón de huesos desquebrajados sobre los que se ciernen las aves de rapiña.

Muchos años antes de la época a que se contraen mis recuerdos, la vía se encaramaba, puede decirse así, por el filo de la cordillera de *Las Hojas*; y después de pasar o deslizarse a la vera de abismos profundísimos, selvosos y turbios como antros, y de romperse la crisma cien veces entre angostos *canjilones* y barrizales interminables, el viajero iba a resultar por un descenso o caída brusca de la serranía, que denominaban bajada de "La Puerta", y llegaba al pueblo de Juntas, admirado de encontrarse con vida. Hoy las cosas han cambiado en las proporciones muy considerables que dejo descritas; y por el nuevo camino, además de contarse con mayor seguridad por lo firme del piso y, casi pudiera agregarse, lo científico y racional de la vía, encuéntranse de trecho en trecho risueñas posesiones, como la muy pintoresca de "El Naranja", y otras, en que sus propietarios han aprovechado los reducidos espacios cubiertos de tierra feraz, para cultivar maíz y sembrar pasto y árboles.

En un viaje que hizo Santiago, de Cali a Juntas, donde a la sazón residía su esposa, lo sorprendió la noche antes de llegar a la venta del "Boquerón del Dagua", que es el punto en que comienza la porción

temible del escarpado camino. Deseoso de llegar a su casa, y confiado en el conocimiento práctico que tenía del payoroso trayecto, no consideró como inconveniente para proseguir, la circunstancia de haber oscurecido mucho la noche, y continuó la marcha. Montaba un caballo vigoroso, pero poco diestro, pues era la primera vez que transitaba por allí, por lo cual fue, sin duda, muy temerario en no usar de suma cautela de aquel lugar para adelante.

Al llegar al sitio denominado La-Iglesia, donde la vía forma una curva estrecha y orilla un abismo de muchos metros de profundidad, la noche se había entenebrecido tanto, que Santiago no alcanzaba a distinguir en las tinieblas, no ya la cabeza de su cabalgadura, pero ni siquiera sus propias manos. Nunca se pudo saber si fue el caballo quien en su ignorancia del camino, no cruzó a tiempo, o si fue Santiago quien lo impulsó con ímpetu para que prosiguiera la marcha: fue lo cierto que de improviso el pobre mozo sintió que el animal se derrumbaba; y sin que él mismo pudiera explicar cómo se efectuaron los hechos, rodó con él; pero en el esfuerzo supremo que hizo para zafarse de la montura, obedeciendo al instintivo sentimiento de la preservación de la vida, la espuela sujeta a su pie derecho se introdujo y quedó fuertemente ajustada entre la estrecha grieta que dejaban en medio dos lajas finísimas, y el infeliz, suspendido así, a semejante altura, pudo darse cuenta del ruido horrible producido por el desventurado bruto, al despeñarse en el hondo abismo, arrastrando consigo, a su paso, piedras, tierra y malezas; y quedó colgado, pendiente apenas de la espuela, y con la cabeza hacia abajo. . . Hasta él llegaba el eco distante y ronco de las corrientes del Dagua; el viento húmedo de la noche le azotaba el rostro; y la luz de los relámpagos de una tempestad lejana que se desataba fragorosa por las soledades inmensas del Pacífico, le dejaba entrever el pavoroso precipicio. . . Sin embargo, como la grieta de las lajas en que había quedado cogida la espuela resistía bien su peso, recobró un tanto la esperanza; y

haciendo esfuerzos sobrehumanos, comenzó a gritar, pero a gritar no como se quiera, sino de la manera horrorosa como debe hacerlo un hombre a quien se degüella. A una distancia enorme se oyeron los ladridos de un perro, que respondía a esos clamores desolados. . .

Es indudable que la última hora de Santiago no había llegado, pues al cabo de un corto rato sus tremendos alaridos fueron oídos por los moradores de una casita poco distante, quienes, alumbrándose con tizones encendidos, a guisa de antorchas, y ayudados por los arrieros de una recua de mulas, que había toldado cerca, acudieron y, no sin trabajo, lo libertaron del mortal trance. Cuando lo subieron al camino, vieron que el pobre Santiago tenía la cara negra por efecto del agolpamiento de la sangre a la cabeza, y observaron que había perdido el sentido.

—Valiente suerte la de este *paisa*, ¡hij'un demonio! Exclamó con vehemente admiración uno de los arrieros, que era antioqueño: ¡Hij' un diablo! ¡Si casisito que nada le sucede al cristiano estel

Condujeron a Santiago como les fue dado a la casita, y allí recobró el conocimiento pasado algún rato, a beneficio de las enérgicas fricciones de aguardiente con yerba-mora que le propinó la caritativa casera, no sin que de vez en cuando el antioqueño dejase de prorrumpir entre dormido y despierto en reiterados ¡Hij'un demonio! ¡Hij'un diablo! mal repuesto aún de la inaudita sorpresa que el caso produjo.

Al día siguiente tuvo que proseguir Santiago el viaje a pie hasta su casa, pues del caballo y la montura sólo habrían podido dar noticia las gallinazas que, descendidas de las altas cumbres al abismo, devoraron el cadáver del animal.

Santiago quedó desde entonces medio demente; y ya fuese esta circunstancia, ya el pesar determinado por reveses pecuniarios y otras calamidades, lo cierto es que el pobre hombre tuvo la inmensa desgracia de contraer el vicio de la embriaguez; y un día en que había tomado más licor que de costumbre, aprove-

chando la fatal coincidencia de que su esposa se hallaba ausente de la casa, cogió una navaja de afeitar y se degolló con ella... Cuando la infeliz mujer regresó al hogar, encontró a su infortunado marido bañado en sangre, ¡muerto ya! Horrendo fin, al cual llevó la más degradante de las pasiones a un hombre destinado por su honradez y buena índole, a una suerte mejor. Debiera señalarse como ejemplo a tantos desdichados, víctimas del abominable vicio; tanto más abominable cuanto abate el alma, destruye el cuerpo y convierte a un hombre, enantes delicado, sensible y digno, en el más despreciable de los seres.